

reseñas

"POLÍTICAS DE SALUD: LA EXPERIENCIA ARGENTINA" NUMERO MONOGRAFICO DE MEDICINA Y SOCIEDAD, VOL. 4, No 1 y 2, BUENOS AIRES, ENERO A ABRIL DE 1981.

La salud de un país depende mucho o casi todo de su organización político económica, y muy poco o nada de las acciones de los funcionarios que están a cargo de lo que se llama convencionalmente el "sector salud". Cuba tiene la más baja mortalidad infantil y la más alta esperanza de vida en América Latina, en ella se ha erradicado la desnutrición y el cien por ciento de los partos tienen atención hospitalaria, como indicador de un sistema que protege a toda la población. No se ha conseguido esto por haber tenido Cuba uno, dos o una docena de geniales ministros de Salud Pública, sino porque toda la sociedad cubana—desde la erradicación del desempleo hasta el hecho que son las necesidades y no el beneficio las que dictan la asignación del excedente social—está centrada en obtener la mejor salud posible para la población.

Esto viene a cuenta al leer los números 1 y 2 del volumen 4 de *Medicina y Sociedad*, revista editada en Buenos Aires, que transcribe las presentaciones de una reunión sobre la política sanitaria argentina. Los ponentes son funcionarios actuales de la salud de los militares, y exfuncionarios, la mayoría de estos últimos miembros del grupo de tecnócratas que surgieron a la luz bajo la Revolución Argentina de Onganía ("un hombre de agallas, con el que se podía conversar, que emitía juicios,

charlaba, se reía, casi humano, digamos", como dice un ponente), se retiraron de escena con la democratización de 1973, han regresado sólo parcialmente de 1976 en adelante (los militares de ahora quieren hacer las cosas por sí mismos), pero que están seguramente dispuestos a ofrecer sus talentos a cualquier apertura política más o menos restringida del futuro.

Leyendo las ponencias y sus autores: Holmberg y Rodríguez Castells, ex secretarios de Estado; Bello y García Díaz, ex ministros provinciales de Salud; Santas, ex decano de Medicina de Buenos Aires... surge en el lector una sensación de extrañeza, como si estuviéramos leyendo una historia de la Revolución Francesa que no hiciera mención a la monarquía absoluta. Entre tanto plan del CONADE, discusión de organigramas, reuniones de autoridades, leyes hospitalarias, planes curriculares, no existe una sola referencia al hecho—central para evaluar una política de salud, o así pensarían los legos— que de 1966 a 1970 la mortalidad infantil argentina aumentó de 52 a 62 por mil (los militares actuales no publican cifras, pero se puede estimarse que la mortalidad infantil en Argentina hoy es en el mejor de los casos el doble y en el peor el triple que la cubana), que la desnutrición aumenta, que los hospitales se cierran, que disminuyen los controles a los medicamentos, y que—fenómeno dominante— el valor de los salarios es la mitad del que tenían en 1976 y el desempleo crece exponencialmente, lo que hace que sean Martínez de Hoz, Sigaut y Dagnino Pastore los verdaderos funcionarios de la salud en la Argentina.

Las ranas croan en el estanque y esto les hace creer que el estanque es suyo. La verdadera y silenciosa política de salud argentina es el resultado de las grandes decisiones económicas que nos ataron mucho más firmemente—y a un costo social que recién ahora estamos empezando a medir— a la nueva repartición del trabajo de un capitalismo en crisis. Estas grandes decisiones están detrás de nuestra altísima mortalidad infantil, de nuestra desnutrición en aumento, del desmantelamiento de nuestro aparato sanitario, de la proliferación

de una tecnología sanitaria costosa e inútil. Están también detrás de las nuevas epidemias que azotan a la población argentina: cientos de miles de casos de tortura, miles de casos de asesinato de prisioneros indefensos. La salud que Argentina se dé en el futuro dependerá del éxito o el fracaso de un proyecto social general que sea democrático y soberano, posibilidad que no es mencionada por ninguno de los ponentes al seminario.

JOSE CARLOS ESCUDERO